

El año de mil y seiscientos y cuarenta, poco despues de la muerte de este siervo de Dios, imprimió su vida el P. Luis de Bonifaz, Rector del colegio de S. Pedro y S. Pablo de la ciudad de Méjico.

P. NIEREMBERG.

P. CORNELIO BEUNDIN GODINEZ

EL año de mil y seiscientos y quince nació este glorioso mártir en Gravelinga, ciudad bien conocida en Flandes, para honra de su patria, lustre de la Compañía y salvacion de muchas almas.

Desde sus primeros años dió las muestras de virtud y santa inclinacion que en su edad se podian desear, y con más primor en la devocion de nuestra Señora, á quien mostró ternísimo amor; porque, siendo criatura, le edificó un altar en que puso su imágen, delante de la cual rezaba con mucha devocion hincado de rodillas, y le tenia dedicados los sábados para hacerle fiesta, á la cual convidaba á todos los de su casa; encendia muchas candelas, adornaba el altar de rosas y flores, y cantaban todos la Letanía de nuestra Señora de Loreto, y rezaban otras oraciones con mucha devocion, dando muestras de la que él tenia y de lo que habia de hacer en la edad mayor.

En teniendo edad, le enviaron sus padres á la ciudad de Bergas á estudiar letras humanas, en las cuales se aventajó á sus condiscípulos quanto su ingenio excedia á los demas en agudeza y la presteza de aprender, y ayudóle mucho la ventaja que les hacia en la virtud, porque ésta y la ciencia son dos hermanas que se ayudan la una á la otra y crecen á un mismo paso, como vemos que los más virtuosos son generalmente los más aventajados estudiantes.

Era nuestro Cornelio modestísimo, recogido, callado, obediente, devoto, y tan honesto y recatado, que se le oyó decir varias veces en aquella edad, que quisiera más habitar con los brutos en los desiertos, que con las mujeres en poblado.

Huía de las malas compañías, y juntábase con las buenas, y para esto y por la devocion que tenia á nuestra Señora, se alistó en su Congregacion y de ésta entró en la Compañía, en la cual fué recibido el año de 1635 á 3 de

abril, con grande gozo de su alma y no menor de los de la Compañía, prometiéndose gloriosos fines de tan buenos principios.

Bien se deja entender el fervor con que procederia en la religion quien tan encendido le tenia en el siglo; basta decir que á todos tenia por ejemplo para copiar en sí mismo sus virtudes, y él era ejemplo de todos para esmerarse en ellas hasta llegar á su cumbre.

Acabado el noviciado cursó en la Filosofía, aprendió perfectamente la música y en Lobayna la Teología; y, ordenado de Sacerdote, leyó letras humanas algunos años, y la música que habia aprendido, y mucho más la virtud á sus discípulos, que era su principal estudio.

Llegóse en estas ocupaciones el año de 1647, en que fué á tener la tercera probacion, y, sabiendo que se alistaban algunos de la Compañía para ir á predicar á los indios gentiles, no le permitió su fervor ser en tal demanda el último, y así luego pidió con repetidas instancias ir á esta mision.

Habiendo conseguido su deseo, se partió con universal sentimiento de los de casa, por perder su compañía, y de sus discípulos, porque se privaban de su maestro, cuya partida celebraron con lágrimas y versos, haciendo varias epigramas, en que decian que habia de ser prelado y pastor de muchos, á que el siervo de Dios respondió, que esperaba en la divina Bondad ser víctima suya ofrecida en sacrificio, pronosticando su glorioso martirio; y no esta sola vez, sino otras muchas, porque alabándole un Sacerdote cierto género de música, respondió: «Otro canto y otra música me queda por entonar entre los golpes y heridas de los bárbaros, más agradable á Dios y á sus santos que ésta,» de que todos entendieron que habia tenido noticia del cielo de su futuro martirio, en que se confirmaron cuando oyeron que, despidiéndose de una gran sierva de Dios, le dijo que fuese gustoso á las Indias, porque Dios le tenia en ellas preparada una gloriosa corona y una muerte felicísima, en que habia de trocar esta miserable vida con la eterna por medio del martirio.

Albórozado con estas esperanzas, partió el bendito Padre de Flandes con otros catorce compañeros para la Nueva España: embarcáronse en Cádiz y padecieron una recia tempestad por espacio de seis días, que anegó algunas de las naves que iban en su compañía, y la suya, despues de grandes riesgos, aportó á las islas de Canarias, adonde se reparó y prosiguió su viaje, en el cual fué nuestro Cornelio el alivio de todos los pasajeros.

Con la dulzura de su música, los atraía á su trato y conversacion, la cual era siempre de Dios y de las cosas del cielo, moviendo sus corazones á la contricion de los pecados, á las santas costumbres, al ejercicio de las virtudes y á la confesion y penitencia, la cual hicieron muchos, confesándose con él y mudando la vida de escandalosa en ejemplar: y el mismo Padre mudó el

nombre de Beundin en Godinez, que así se llamó en adelante y así le nombraremos aquí.

El mismo año llegaron á Méjico, adonde fueron recibidos con grande caridad de los nuestros, visitados y honrados del virrey, y el Arzobispo, y de toda la nobleza; y, aunque reconociendo las buenas prendas del P. Cornelio, juntas con su candidez y santa vida, desearon detenerle en su ciudad; pero el siervo de Dios, que no habia venido á buscar honras ni aplausos ni valimientos de príncipes, pidió á los Superiores pasar á Cinaloa á la conversion de los infieles.

Dando pasto á su fervoroso intento, le asignaron para cultivar la provincia de los taramares, gente tan feroz como bárbara y agreste y necesitada de doctrina, á que se dispuso; y fué con tan gran diligencia, que en tres meses aprendió su lengua y la mejicana, y compuso de cada una un como arte para aprenderla y hablarla, y él pudo, como maestro, predicar en ambas, con admiracion de todos, por ser tan extrañas y difíciles y que muchos con gran trabajo no las habian podido aprender en muchos años, y el siervo de Dios decia que para él no era trabajo, sino alivio: tal era su ardiente caridad y tal su fervoroso espíritu.

Partió el apostólico obrero de aquella reciente viña de Cristo prevenido de paciencia, de oracion y mansedumbre, para trabajar en ella y desmontarla de la fragosidad de vicios que impedian su cultura; y lo primero que propuso, fué predicarles no ménos con el ejemplo de la vida que con la verdad de la doctrina, por lo cual fué admirable la penitencia que hizo entre aquellos bárbaros agrestes, así en la comida, bebida, cama y vestido, como en el riguroso tratamiento de su cuerpo, martirizándole con cilicios, disciplinas, ayunos y vigiliias.

Siendo para consigo riguroso, para con todos era humanísimo, manso y apacible, tratándolos con tanto amor y blandura, como si fueran sus hijos. Dábales muchos donecillos de los que ellos estiman; acariciábalos cuando los encontraba, curábalos cuando estaban enfermos, consolábalos cuando estaban tristes, sufríales sus ignorancias, ayudábalos á fabricar sus chozas, y no habia género de benevolencia y piedad que no usase con ellos. A todo lo cual añadía la dulzura de la música, con que los atraía á su rebaño, y sacándolos de los montes, adonde moraban como fieras, los trujo á poblados y los redujo á vivir juntos y á gobierno político.

Predicábalos en su lengua, y á los más hábiles enseñó á cantar y á tañer los instrumentos músicos; y por estos medios, con santa sagacidad, los ganó las voluntades y les enseñó la fe de Cristo, y en poco tiempo bautizó gran número de gentiles, de los cuales formó algunas poblaciones, en las cuales

enarboló muchas cruces y fabricó iglesias para el culto divino con grande gloria de Dios y consuelo de su espíritu.

No pudo el demonio sufrir tan cruda guerra como le hacia este siervo del Altísimo, quitándole tantas almas como tenia engañadas en las finieblas del paganismo, y reduciéndolas al rebaño de Cristo; y así procuró destruirle y acabar con toda aquella cristiandad, si pudiese, por medio de algunos apóstatas que, como infieles y bárbaros, haciéndoseles pesado el suave yugo de Cristo, y el de los españoles insoportable, por el imperio con que los trataban, juntándose con otros idólatras, formaron un ejército de improviso, y con la misma presteza acometieron á los pocos españoles que gobernaban la tierra y les quitaron las vidas, descargando lluvias de flechas sobre ellos, y molíéndoles con sus porras las cabezas y los huesos.

Antes de llegar adonde el P. Cornelio habitaba, sintieron el rumor los Padres circunvecinos y le avisaron que se pusiese en salvo, por el riesgo que corria su vida; pero el fiel siervo de Dios respondió que no habia de dejar el rebaño del Señor en las bocas de los lobos, sino guardarle y defenderle hasta dar la vida por las ovejas que Dios le habia encomendado.

Con esta resolucion perseveró con ellos, animándolos y esforzándolos á padecer la muerte, ántes que dejar la fe santa de Cristo: y, para tenerlos más seguros, los recogió en su casa y la cerró de manera que no pudiesen entrar los enemigos si pretendiesen ofenderles, exhortando á todos, como lo hizo Cristo, que no se defendiesen con armas ni ofendiesen á los que venian á ofenderlos, sino que sufriesen con paciencia sus ofensas, esperando el premio de las manos de Cristo, como le habia prometido.

A esta sazón llegó aquella infernal canalla, dando voces sin orden y concierto, diciendo: «Mueran los cristianos y el Sacerdote que los enseña su ley, y los aparta de la nuestra antigua:» y hallándolos encerrados, pusieron fuego á la casa.

Los pobres indios cristianos que estaban en ella, obligados del fuego y atosigados del humo, salieron fuera para escapar del incendio; pero no pudieron de la muerte, porque los bárbaros idólatras descargaron sobre ellos tal número de flechas, que les quitaron las vidas, y saliendo en pos de ellos el P. Cornelio, levantaron el grito, y con terrible ímpetu corrieron á él, diciendo: «Este es el predicador, este el engañador, este el maldito que perverte nuestra gente y nos quita nuestros dioses y nuestras mujeres, muera, muera el engañador que hace adorar las cruces y los maderos,» y diciendo y haciendo, le echaron un lazo al cuello, y dándole muchos golpes, le derribaron en tierra, y le llevaron arrastrando á la iglesia, regando el camino con la sangre que le corria de las heridas.

Subiéronle al altar, como víctima de Cristo, y dando vueltas con él alrededor, le sacaron al cementerio, adonde había enarbolado una hermosa cruz, y abrazado con ella le cubrieron de saetas y le quebraron con sus porras la cabeza, y su alma voló al cielo á recibir la corona de su martirio, el cual consumó á 4 de junio de 1650, siendo de treinta y cinco años y quince de Compañía. Todo lo cual sucedió sábado, día que desde su niñez dedicó á la devoción y servicio de la Santísima Virgen, para darle la corona el mismo día que le había hecho este servicio.

Los bárbaros homicidas, cometido este sacrilegio, con el mismo furor acometieron á la iglesia, profanando cuanto en ella hallaron, hiriendo las imágenes, y quebrando las cruces, y pisando los santos: cogieron los ornamentos sacerdotales, y, por burla y escarnio, se los vistieron á un hechicero idólatra, que era el caudillo de ellos, el cual se puso en el altar así vestido, y los bárbaros llegaban á besarle la mano, y él les daba la bendición, como lo solía hacer el Padre con los cristianos, burlándose y riéndose todos, bebieron en los vasos sagrados, y saqueando la iglesia, se huyeron al monte para asegurarse de los españoles comarcanos y de los indios cristianos, á quien temieron.

Luego que se divulgó por la tierra el martirio del santo Padre, vino el gobernador del rey, acompañado de soldados, con el Superior nuestro de aquella reduccion, y hallaron el cuerpo al pié de la cruz desnudo, bañado en su sangre y afeado con los golpes y las heridas, las cuales lavaron con lágrimas de sentimiento y compasión; enterráronle en la iglesia con la mayor honra que pudieron, y la sogá teñida con la sangre llevó el gobernador por preciosa reliquia, y la gastó en plata con grande estimación.

Parece que el mártir rogó por los homicidas á Dios, y les alcanzó contrición de su culpa; porque, arrepentidos, pidieron perdón á Dios y al gobernador, y se confederaron con los españoles, y los religiosos nuestros vinieron y predicaron á aquellos gentiles y convirtieron á muchos, restaurando lo perdido y ganando á muchos de nuevo.

Su cuerpo de allí á dos años se halló incorrupto, con admiración de todos, en testimonio de su santidad y de la gloria que goza en el cielo.

Su vida y martirio escribió el P. Juan Nadaso en las adiciones al *Martirologio* del P. Alegambe, y también en el suyo, sacado de varias relaciones que vinieron de Méjico al rey de España y al general de la Compañía.

P. ANDRADE.

P. JACOBO ANTONIO BASILE

NACIÓ este glorioso mártir en la ciudad de Bari del reino de Nápoles, muy célebre y dichosa por tener dentro de sus muros el milagroso cuerpo de S. Nicolás, Arzobispo de Mira, uno de los mayores santos de la Iglesia, cuya admirable vida, ennoblecida con muchos y grandes milagros, escribí este presente año de mil y seiscientos y sesenta y cuatro.

Nació nuestro mártir el de mil y seiscientos y nueve, de padres pios y honrados, los cuales criaron á su hijo en mucha virtud, y no les costó mucho trabajo. Porque como escogido de Dios para empleos tan altos, le dotó de las gracias naturales que se pueden desear en un perfecto mancebo, no sólo de buen cuerpo y rostro, de fuerzas y habilidades, sino de entendimiento, capacidad y aplicación al estudio y al trabajo, de muy afable condición y dulce conversacion, con que era á todos amable. Todo lo cual realizaba con la virtud, que es el más precioso esmalte.

Era modesto y obediente, tan compuesto y moderado, que le sucedía lo que á S. Bernardino de Sena que, en llegando á sus amigos y condiscípulos, se componían todos, y ninguno se atrevía en su presencia á desmandarse en acciones ni en palabras. Era devoto y obediente á sus maestros y á sus padres, así corporales como espirituales, tomando sus consejos y haciendo en el siglo una vida más religiosa que seglar; que de esta manera labra Dios desde el principio las piedras que elige para edificar su casa.

A nuestro Jacobo Antonio le sacó de la cantera de Bari para el edificio de nuestra religion, á la cual le trajo siendo de veinte años, el de mil y seiscientos y treinta, día de la gloriosa Sta. Bárbara, vírgen y mártir, á quien tuvo por patrona y á quien imitó en la pureza y fortaleza, alcanzando las dos coronas de vírgen y de mártir.

Desde la hora que entró en la religion se trató como muerto al mundo, tan mortificado el afecto de carne y sangre, como si no lo tuviera, en tanto grado que, pidiéndole su madre que la viniese á ver á Bari, le envió la imagen de un santo crucifijo, diciéndole que le mirase y contemplase siempre que se acordase de él, que con tal compañía perdería el afecto que le tenía y el amor y cariño que le mostraba, porque el amor fino de Dios destierra del corazón cualquier afecto de carne, como se vió en nuestro Antonio.

Poseído del amor divino y descarnado de toda afición humana, se dedicó á la conversión de los infieles con tan grande libertad y gozo que, como si

no tuviera padres ni parientes, se desterró de su patria y pasó más de dos mil leguas á la Nueva España, el año de mil y seiscientos y cuarenta y dos, á predicar á los infieles, sintiendo tan grande consuelo en su alma, cual le significó en varias cartas que escribió desde el camino á sus amigos y discípulos, diciéndoles que caminaba alegrísimo y gozosísimo por la merced que Dios le había hecho en sacarle de su tierra y le hacía en aquel camino, dándole firmes esperanzas de alguna grande dicha en las tierras adonde caminaba; y añade que se admiraba de los que pudiendo emplear sus vidas en tan gloriosa demanda, se quedaban en Europa y perdían la corona que tan cierto él esperaba.

En llegando á Méjico, tomó muy á pechos aprender la lengua de los indios para predicarles en ella, y salió tan eminente, que dentro de poco tiempo la hablaba como la natural.

Aplicóse á catequizar y enseñar la doctrina cristiana á los convertidos y predicar á los negros y mestizos, y á los españoles que vivían apartados, acudiendo á todos, sin perdonar á trabajo.

Como el Arzobispo de Méjico, que era hombre prudente y celoso de el bien de sus ovejas, le vió tan fervoroso y aplicado á los ministerios con los prójimos, cobróle mucho amor, y no menor estima de su persona; y, considerando la grande necesidad que padecían los indios de su obispado, adonde había muchos infieles, trató con el P. Antonio Basile y con los Superiores, de enviarle á cultivar aquella tierra, esperando de su grande fervor que de un heriazco lleno de malezas de vicios, le trocaría en un paraíso de virtudes, como en la verdad lo hizo en ocho años que gastó discurriendo como un apóstol por aquel dilatado reino, con admirable fruto así de los españoles como de los indios.

Habían muerto por entónces los indios apóstatas papigochos de Cinaloa al santo P. Cornelio Beundin Godinez, y, aunque los padres que quedaron, con el ayuda de el gobernador, habían quietado aquel tumulto y levantamiento de los infieles apóstatas, siempre el demonio los inquietaba, y con el deseo de su antigua libertad, suspiraban por sus deleites y lascivias y por la adoración de sus ídolos.

Para desarraigar del todo esta infernal semilla, juzgaron que era conveniente enviar á persona tan fervorosa, espiritual y diestra en ganar las voluntades de los indios como el P. Basile, y así lo pidieron á los Superiores, y él se ofreció con sumo gusto, viendo logrado el deseo que le había sacado de Nápoles y traído á las Indias y que, como dice en una carta escrita á Nápoles el año de 50, había nueve años que lo deseaba y lo pedía.

Trabajaban en aquellas misiones de Cinaloa con tan grande fruto los po-

cos obreros que había de la Compañía, que en poco tiempo, en sola la misión de Aguilar, que está cerca de los papigochos, habían convertido y bautizado quince mil almas, y traídas al rebaño de Cristo, entre las cuales fué una india vieja de ciento cincuenta años de edad, la cual conservó Dios tanto tiempo infiel, para que recibiese el bautismo, declarando que la tenía predestinada para el cielo. Porque, en recibéndole, dentro de un cuarto de hora remató su larga vida, volando de las aguas del Bautismo, á las moradas del cielo, con igual consuelo y admiración de los que la bautizaron, reconociendo la divina piedad y providencia en tan extraño como admirable suceso.

Aunque la tierra de los papigochos, que eran los más bárbaros y feroces, y los más dados á las idolatrías, parecía que estaba quieta; con todo eso no se aseguraban de ellos, temiendo, que como habían muerto al santo P. Cornelio poco ántes, no hiciesen lo mismo con los nuevos predicadores que les enviasen; porque esta bárbara gente no tiene más palabra que su gusto y libertad y lo que quieren ó no quieren.

Mas nuestro glorioso mártir, sacudido este miedo y anteponiendo el provecho de aquellas almas á su propia vida, partió con no pequeño riesgo de ella, y entró en aquella gentilidad con grande aliento y resolución, como si se hubiera criado entre ellos, hablándoles en su lengua, cosa que estimaron mucho y tuvieron por gran lisonja y muestras de benevolencia.

Acariciaba á todos como si fueran sus hermanos, dábales los dones que traía, curábalos si estaban enfermos, visitábalos y mostrábalos gozarse de sus buenos sucesos y pesarle de los malos, haciéndose todo á todos con santa sagacidad para ganar sus voluntades, y lo que más les movía era su santa vida, que es el medio más firme y eficaz para ganar los corazones y traerlos al verdadero conocimiento de Dios. Porque, como enseña Sto. Tomás, este tiene su principio en el aprecio y estima del predicador que enseña, la cual si falta, falta con ella el aprecio de la doctrina que predica.

La vida que hizo el santo P. Basile entre esta gente fué tal, cual se pudiera pintar de un apóstol ó discípulo de Cristo, casto, templado, modesto, penitente, humilde, afable, fervoroso, contemplativo, ocupado siempre en obras de caridad corporales y espirituales, pacífico y sufrido, con admirable paciencia y una mansedumbre de un ángel, con que todos le miraban y estimaban como á tal, y, ganadas las voluntades, restauró la iglesia que habían profanado los gentiles; compuso los altares, colocó las imágenes con grande fiesta y reverencia, levantó nuevas cruces adonde las había colocado el Padre Cornelio, su antecesor en la predicación y martirio.

Trujo de los montes á los apóstatas huidos, dióles seguridad, y reconcilióles con la iglesia y con el gobernador de la tierra, renovó la música y cele-

bró con ella los divinos oficios, con muestras de mucho gozo y alegría de los indios. Convirtió y bautizó á muchos de nuevo, y de una selva de vicios trocó aquellos incultos campos en paraíso de virtudes, con tanto gozo de su alma como fruto de los indios.

No pudo sufrir el demonio ver arruinado su imperio, y ensalzado hasta los cielos el de Cristo por un pobre religioso solo y desnudo de todo favor humano, confiado en el divino; y, rabioso contra él, armó todas sus fuerzas para acabarle y destruirle; y, como le había salido bien, para lograr su mal intento, la primera conjuración que movió contra el P. Cornelio, usó de otra semejante contra el P. Basile.

Juntó por medio de otro hechicero, que tenía autoridad con los indios, á los más principales y bárbaros y algunos de los apóstatas que andaban huidos, y con gran ponderación de palabras, les dijo: «Grande mengua nuestra es que, siendo tantos y tan poderosos, nos sujetemos á pocos hombres forasteros, que con engaños nos quiten nuestros dioses y la religion de nuestros padres, en que nacimos y nos criamos, y con ella nuestras mujeres, y gustos, y libertad, y nos persuadan á tener por Dios á un hombre crucificado, y que es bueno ayunar y no comer ni beber, y dejar nuestros gustos y deleites. ¿Cómo sufrimos este engaño y esta infame sujeción, haciéndonos esclavos y sujetos á un hombre forastero? Lo que importa es quitarle la vida, como hicimos al primero, y luego á todos los españoles, haciendo de sus cruces horcas en que ponellos.»

Todos le dieron sus votos, y, sin esperar más consejo, tomaron los arcos y las flechas y las porras que usan en sus guerras, y vinieron de tropel á la iglesia, á cuya puerta estaba el P. Basile enseñando la doctrina á los cristianos, en los cuales descargaron gran cantidad de flechas, con que les quitaron las vidas y volaron á la eterna.

El Padre, tomando del altar la imagen de Cristo crucificado, salió á oponerse al tropel de los enemigos, predicándoles y deteniéndoles con el temor del castigo divino; pero ellos, como bárbaros y gentiles, sin hacer caso de sus palabras, le hirieron y maltrataron, y echándole un lazo al cuello, le colgaron de una cruz, que tenían hecha horca, y con bárbara inhumanidad le quitaron la vida temporal y voló mártir al cielo.

Con él colgaron un indio virtuoso, que era su intérprete, y se llamaba Felipe. A los demás cristianos mataron con las flechas y las porras, y luego saquearon y profanaron los altares, y pusieron fuego á la iglesia, declarando el odio que tenían á la religion cristiana, y que les había movido á estas atrocidades tan sacrílegas.

Su martirio fué por marzo de 1652 siendo de cuarenta y tres años y vein-

te y dos de Compañía. Varon verdaderamente santo y que ofreció su vida por el bien espiritual de sus hermanos, por las noticias antecedentes que tuvo de su martirio; porque los españoles que supieron la conjuración de sus espías, le avisaron que se pusiese en salvo, y respondió que no era de buen pastor dejar las ovejas á los lobos y huir por guardar su vida; y el día ántes de su muerte, alzando en la Misa la hostia consagrada, la vieron él y el ayudante matizada de sangre, con un cerco alrededor, que la tiñó en poniéndola en los corporales; aviso que le dió el cielo de la sangre que había de verter por Cristo.

Su cuerpo se halló encorvado en la tierra, y una carta á un Padre de Filipinas, en que le significaba la sed que padecía de su martirio, y, por divina ordenación, fué sepultado, sin advertirlo, en la misma sepultura en que estaba su antecesor el P. Cornelio, para que como fueron compañeros en la predicación y el martirio, lo fuesen en el sepulcro y en la corona en el cielo.

Fué fama constante, confirmada con los testimonios jurados de muchos indios y algunos caciques, que vieron, cuando espiró, salir un niño hermosísimo, unos dicen de su boca, otros del pecho, el cual, acompañado de otros dos con alas, subió en una como nube al cielo, de que los indios atónitos cayeron en tierra temerosos y, como arrepentidos de lo que habían hecho, y cuando volvieron en su acuerdo, decían con su bárbaro modo de entender, que el P. Basile muriendo había parido un niño blanco pequeño.

Con esta demostración les declaró Dios el triunfo con que su bendita alma subió gloriosa al cielo, y acompañada de los ángeles goza y gozará de Dios eternamente.

Su vida escribió el P. Juan Nadaso en el *Apéndice al Martirologio* del Padre Alegambe, sacada de varias relaciones que vinieron á Roma de la India.

P. ANDRADE.

